

PRÓLOGO

DEL SEGUNDO TOMO DE LA OBRA DEL DR. FÉLIX GARZÓN MACEDA

"LA HISTORIA DE LA MEDICINA EN CÓRDOBA"

La hospitalización de los enfermos se realizó en Córdoba desde los remotos días de su fundación.

Apenas pasan tres años de aquella fecha memorable, cuando ya aparecen las primeras iniciativas para dotar a la naciente población de un hospital, que es al mismo tiempo, el primero levantado en el nuevo mundo después de la conquista.

Corresponde a Córdoba este honor de la primacía.

Desde entonces van transcurridos tres siglos y medio de evolución constante, de continuo progreso, multiplicándose la obra de la caridad, de la ciencia y de la beneficencia pública, hasta llegar a la culminación de hoy, que permite presentar a Córdoba con orgullo, como un acabado exponente en materia de establecimientos hospitalarios.

Ese proceso evolutivo que comprende la historia misma de la provincia y que se liga estrechamente con su desarrollo en los demás órdenes de la actividad social, intelectual y material, es lo que el doctor Garzón Maceda ha estudiado en el presente tomo de su erudita obra "*La historia de la Medicina en Córdoba*".

Labor paciente, meditada y concienzuda.

El autor ha espigado en el secreto de los archivos, exhumando del olvido y del silencio, documentos de alto valor, antecedentes ignorados y riquezas del pasado, que contribuyen a ilustrar no sólo la historia de la ciencia médica, sino la historia del país mismo.

Reviven en ella figuras de tiempos lejanos, varones de encumbrada prosapia, sino por sus pergaminos, por sus acciones; muéstrase como la ciencia de aliviar el dolor va plantando sus jalones desde la infancia de nuestra sociedad hasta la robusta virilidad del presente y como el espíritu cristiano fué siempre factor predominante de las grandes obras en pro del indigente y del enfermo.

Sin solución de continuidad, a través de épocas que parecen fabulosas, puede seguirse fácilmente la cronología de los hechos ampliamente documentados, en páginas llenas de interés científico, de interés arqueológico, de alto interés histórico, que son un venero inagotable de documentos inéditos, de observaciones, datos estadísticos, revelaciones y anécdotas, que pintan mejor que nada las características de las distintas etapas de nuestro desarrollo.

Hombres y sucesos surgen en la obra de Garzón Maceda, con relieve notable al par que se reivindican para el pasado muchas de las palmas que se dicen patrimonio y conquistas del presente.

Queda claramente demostrado en ellas, que si Córdoba irradió cultura desde lejanos días, desparramando sobre el territorio del continente la verdad y la ciencia que salían de los púlpitos de sus templos y de sus aulas universitarias, afirmó y difundió también los sentimientos del altruismo cristiano, en cuyas normas se había fraguado el corazón de sus hijos.

Corazones hidalgos, mezcla de héroes y aventureros que dieron a la madre España tanto lustre con sus virtudes, como la dieron con sus armas los guerreros y capitanes.

Esos sentimientos que palpitaban en el ambiente de su siglo y de su raza, fueron la semilla de grandes obras.

Ellos inspiraron al teniente general Lorenzo Suárez de Figueroa, compañero de Cabrera, la fundación del primer hospital el año de 1576, "... para el servicio de Dios Nuestro Señor y amparo de los pobres y descargo de su conciencia".

Para ello donó chacras y solares de su propiedad, más una contribución de los frutos que le produjeran sus demás heredades.

Así nació el hospital de Santa Eulalia o Santa Olaya, que muy pronto y por muchos años fuera regentado por los hermanos de San Juan de Dios.

Para ese establecimiento hay donaciones, como la de Francisco Blazques que da su casa habitación y la de don Pedro Camacho en 1694, que con el fin de reconstruirlo entrega su estancia, cinco mil vacas y se ofrece a atender gratuitamente a los enfermos.

El mismo espíritu alienta en otro español ilustre, don Juan de Tejeda y Mirabal, padre del primer poeta argentino y cordobés, fray Luis José de Tejeda y Guzmán, cuyo manuscrito se guarda como una joya en el convento de Carmelitas Descalzas, quien en 1619 resuelve donar cuantiosos bienes para fundar un nuevo hospital, resolución que cambia después por la de edificar un monasterio, que sirviera a las provincias del Tucumán, Paraguay y Río de la Plata: para sanar las enfermedades de las almas".

Un siglo y medio vive el hospital de Santa Eulalia, hasta el año 1737.

Pasan algunos años y otro ilustre peninsular, alto dignatario de la iglesia catedral, de la que era deán y más tarde obispo, el doctor don Diego de Salguero y Cabrera, se desprende de sus cuantiosos recursos para fundar el viejo San Roque, que desde entonces hasta hoy se incorpora a nuestra historia y que

tan señalados servicios tiene prestados a Córdoba y a sus enfermos.

De los motivos de su fundación, dice el deán Dr. Salguero, en su petición al obispo: "... me hallo resuelto, con mi libre voluntad a que se funde un hospital general en que se medicine los pobres inválidos... que mueren desamparados de la caridad fraterna... y lo que es más sensible perecen algunos especialmente en el campo sin el auxilio espiritual de sacramento, por cuya causa pueden padecer sus almas eternamente por haber finado sin previa disposición de sus conciencias...".

El doctor Salguero encarga de su dirección a los religiosos Bethlehemistas, experimentados en el arte de curar, cirujanos algunos de fama como fray Cosme, que practica por procedimientos propios la operación de la talla.

En 1850, muerto fray Félix, el último Bethlehemita, la administración pasa al estado y es nombrado en tal carácter el canónigo doctor José Vicente Ramírez de Arellano.

Centenares de enfermos han pasado por sus salas durante ciento cincuenta años y las bendiciones de todo un pueblo y de muchas generaciones han caído en sus salones vetustos y en sus claustros silenciosos y melancólicos, que llevan escritas en sus paredes tantas historias de la miseria y del dolor humanos.

Durante largos años han sido sus servicios, las clínicas de la Facultad de Medicina y allí hicieron su aprendizaje muchos que después se destacaron como maestros en el escenario de la ciencia médica nacional.

No dice ya su factura con la técnica arquitectural de la época, pero en cambio sus estadísticas resisten el paralelo con las de los hospitales mejor montados y más modernos.

Es con verdadera sorpresa que los médicos imbuídos de las nociones higiénicas rigurosas que prevalecen en materia de construcciones hospitalarias, consultan esas estadísticas no solo de hoy sino de cuando eran desconocidos los recursos actuales y la era antiséptica esperaba germinar en la mente de Pasteur.

Tan felices fueron siempre los resultados obtenidos entre la clientela hospitalaria del San Roque, que el mismo autor, Garzón Maceda, que fué uno de sus más progresistas administradores, manifiesta su sorpresa en estos términos: "... prescindiendo de todas las causas atenuantes de nuestra mortalidad, comparándolas con las que revelan hechos de igual carácter en otros hospitales modernos, dotados de un confort que satisface las exigencias de la medicina, de la higiene y del arte arquitectónico, veremos con asombro que es mejor que en ellos la condición de los enfermos que aquí se asisten. ¿Cómo explicar semejante anacronismo, más resaltante aún si confesamos nuestra relativa inferioridad en preparación científica y en los medios de ejercitar el arte con los que se dispone en las grandes capitales? Humanamente hablando no habría quien pudiera comprenderlo".

No sólo el San Roque se hace notar por la bondad de sus estadísticas; en la actualidad su templo así como una de sus salas, constituyen una riqueza arqueológica. Nos referimos a la sala "de los nichos" así llamada por el dispositivo de sus murallas, adelanto higiénico indiscutible con relación al tiempo de su construcción y en la que se consultaron ya preceptos que están ahora en boga como perfeccionamientos de la higiene.

Fuera del Santa Olaya y del San Roque, funcionaron también desde los siglos anteriores enfermerías, hospitales en pequeña escala que prestaron positivos servicios. Tales son la enfermería de mujeres atendida por la "Hermandad de Caridad", la del Convento de San Francisco y la anexa al Colegio Nacional.

La acción oficial se agrega más tarde a la iniciativa privada. El gobierno de la provincia y el de la nación cooperan en la obra. Este último sobre todo lo hace aportando su concurso sin reatos y a él se debe el florecimiento de los grandes establecimientos hospitalarios, que como el Hospital de Clínicas en la capital y el Asilo de Alienados de Oliva en la provincia, son modelos en su género.

¡Cuánta distancia entre el modesto Santa Olaya, levantado

cuando aún no había secado la argamaza de las primeras viviendas cordobesas, y el Asilo para tuberculosos de Santa María que va a inaugurarse en breve sobre la falda oriental de la montaña y que podrá albergar en pabellones aislados, donde se ha consultado hasta el último requisito, y que alcanza un costo de millones de pesos, hasta quinientos enfermos!

Otros detalles notables nos enseña la obra del doctor Garzón Maceda. De los libros que se conservan en los archivos o que figuran en los inventarios de los viejos hospitales, así como del arsenal instrumental, despréndese que aquellos primeros médicos y religiosos, no eran simples empíricos o vulgares curanderos, sino hombres de estudio y de ciencia, consagrados al ministerio religioso y al ministerio profesional con preparación tan vasta como era posible en tan retrasadas épocas.

Es la erudición con que están desarrollados y documentados los hechos, la mayor parte de ellos desconocidos o inéditos, lo que da mayor valor a la "Historia de la medicina en Córdoba", para los contemporáneos, por lo que se refiere al pasado, para las generaciones que nos sucedan, por lo que se refiere también al presente, del que quedan constancias que han de facilitar singularmente su estudio a los hombres del porvenir.

Otro mérito de la obra del doctor Garzón Maceda es que no se limita a la exposición simple de los hechos, no es la historia desnuda y fría como aparece en el acta de fundación o en el texto de las comunicaciones oficiales, sino vestida de las riquezas del lenguaje y aderezada con el jugo de su comentario de escritor y hombre de ciencia.

El pasado revive en sus páginas al lado del presente, pero revive animado y sensible.

Con raro acierto realiza el "*delectando docet*" y junta la amena exposición, y la anécdota curiosa que pinta de un rasgo un momento de la historia, con el acta laboriosa y amanerada o con la aridez de una descripción pesada como los muros de antaño.

La contribución que el doctor Garzón Maceda presta a la

historia de la medicina, no sólo en Córdoba sino en el continente, el lustre que refleja su obra sobre nuestra ciudad y sus prestigios intelectuales y morales y la erudición y preparación científica e histórica que revela en ella, son suficientes para hacerle acreedor de la medicina y de su pueblo, así como de la casa Universitaria que le cuenta entre sus más distinguidos maestros.

Ha sido para el que escribe un honor el prolongar este tomo, trazando en breves líneas una síntesis de la materia que contiene y de los méritos del autor.

Los lectores tendrán que convenir que la reseña como el elogio no se han apartado de la verdad, ni de la justicia.

JUAN F. CAFFERATA
